

PARTICIÓN DE LAS LENGUAS ROMÁNICAS DE OCCIDENTE

Han sido varios, mi querido amigo Corominas, los colegas catalanes que me han pedido les concrete cuál era en definitiva mi opinión sobre aquella debatida cuestión de la subagrupación románica del catalán ¹, y a todos he ido respondiendo por carta lo más inequívocamente que he podido. La afectuosa insistencia de usted y la ocasión de honrar con un tomo de estudios filológicos al venerable maestro don Pompeu Fabra me hacen volver una vez más sobre el tema en esta carta que, por estar destinada a la publicación, tendrá que acomodar su estilo a un múltiple lector.

En la primavera española de 1927 me hallaba yo enfrascado en un tercer artículo sobre la subagrupación románica del catalán (que no iba a ser el último), cuando mi contratación por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires para dirigir su Instituto de Filología hizo cambiar mis planes de trabajo. Si ahora todavía vive en mí el interés de aquella vieja polémica, no es para agregar algunas cuestiones más, sino para plantear la cuestión fundamental: ¿Qué es eso de iberorrománico o galorrománico?

Iberorrománico, como concepto auxiliar de la romanística, no puede ser más que una de dos: lengua romance enclavada en Iberia o lengua romance de sustrato ibérico. En ambos casos el catalán es iberorrománico sin necesidad de polémicas.

Iberorromance no puede ser más que una de dos: la forma que el romance tenía en Iberia durante el imperio visigodo y

¹ A. GRIERA, *Afro-romànic o Ibero-romànic*, BDC, 1922, X, págs. 34-53; W. MEYER-LÜBKE, *Das Katalanische. Seine Stellung zum Spanischen und Provenzalischen sprachwissenschaftlich und historisch dargestellt*, Heidelberg, 1925; AMADO ALONSO, *La subagrupación románica del catalán*, RFE, 1926, XIII, págs. 1-38 y 225-261. Terciaron otros.

primeros tiempos cristiano-árabes o quizá el conjunto de caracteres comunes de las lenguas románicas peninsulares. En ambos casos, y sin necesidad de polémicas, el catalán se incluye en el iberorromance o no hay tal iberorromance.

Las mismas distinciones valen para el galorrománico con relación a las Galias, de modo que el provenzal, sin más trámites, resulta galorrománico o no tiene existencia tal entidad como Galorromania ¹.

Una sola posibilidad — lógica — queda para que el catalán de hoy no sea iberorrománico: que el primitivo romance de esa porción de la Tarraconense se haya extinguido, desalojado por un dialecto galorrománico importado. Ésa es, precisamente, la posición de Meyer-Lübke (*Introducción a la Lingüística romance*, § 24; *Das Katalanische, Einleitung*): el catalán es provenzal trasplantado a Cataluña en el siglo VIII a medida que retrocedían los árabes. Pero esa posibilidad lógica no es histórica. Las poblaciones nativas no fueron expulsadas ni aniquiladas, y las constituciones francas de *Hispanis*, de los años 781, 815 y 844 lo testimonian ampliamente. El habla patrimonial de esas poblaciones tampoco fué suplantada por otra en el centenar de años que duró la dominación franca, una dominación lejana y de tipo militar-fronterizo que no afectó a los fundamentos de lo social autóctono. Me complace mucho, amigo Corominas, que sea usted, con sus investigaciones toponímicas en curso, quien venga dando a estos hechos históricos una rigurosa comprobación lingüística. Los antiquísimos topónimos del territorio catalán primitivo prueban con su fonética que el sistema lingüístico del catalán es autóctono y no importado; y, como contraprueba definitiva, usted señala dos zonas donde la toponimia románica originaria tiene una fonética divergente de la catalana: una el extremo norte del Pallars (punta noroeste de Lérida); otra, las Baleares, Valencia y sur de Cataluña. La historia explica bien

¹ Por el sustrato, el gascón es iberorrománico: primero, por los ibéricos aquitanos, y segundo por la invasión de vascones a fines del siglo VI (VASCONIA > *Gascuña*). Como tal ha sido considerado repetidas veces, especialmente en el vocabulario; Rohlf, *Le gascon*, ha emprendido la tarea sistemática de aclarar la posición lingüística del gascón como intermediario entre el francés y el español.

esta discrepancia: el Pallars, por haber sido romanizado tardíamente desde la vieja Cataluña, y las islas y zona meridional por haber sido catalanizadas por los catalanes reconquistadores. Si el catalán hubiera sido importado en el siglo VIII por los francos, la toponimia antigua de la parte nuclear de su dominio actual lo denunciaría con sus discrepancias fonéticas, como lo denuncia en aquellos territorios donde el catalán fué realmente importado.

Así, pues, siendo autóctono el catalán es iberorrománico, por muchos puntos de contacto que tenga con el provenzal. Es más, aunque llegara a la identidad con el provenzal, lo único que eso probaría es que los Pirineos, frontera política, no sería frontera lingüística; pero, aun idénticos, el catalán sería tan poco galorrománico como el provenzal iberorrománico. Los anulados serían los conceptos auxiliares de galorromanismo y de iberorromanismo.

Usted recordará que otra justificación de galorromanismo fué lanzada una vez como la bola en la ruleta. La ocurrencia consistió en imaginar que Cataluña había sido romanizada por una corriente procedente de Galia (por eso, galorrománico), y que el resto de Iberia había sido romanizado por otra corriente procedente de África (por eso, afrorrománico). Meyer-Lübke por un lado y yo por otro empleamos tiempo y trabajo en probar la falsedad de todos y cada uno de los testimonios léxicos aducidos; pero hubiera debido bastar este recibo: « La idea tropieza con la imposibilidad cronológica ». La intensa romanización de Cataluña y de la cuenca del Ebro comenzó un siglo antes que la del sur de Galia, también muy intensa, y siglo y medio antes de que César emprendiera la conquista de la Galia del Norte, nunca tan bien romanizada. Andalucía y la zona levantina (es decir la Iberia frontera del África), fueron intensamente romanizadas, con perdurables colonias patricias, de romanos y de itálicas, doscientos años antes de la conquista de la Tingitania y de la Mauritania.

En suma: ni geográfica ni históricamente se puede hablar de un galorromanismo del catalán. Pero — podrá argüir la obstinación —, diga lo que diga la historia y la geografía, es lo cierto que el catalán tiene un evidente parentesco especial con

el provenzal, al que se parece más que a ninguna de las otras lenguas románicas. Por de pronto lo vamos a conceder. Pero deducir de ello el galorromanismo del catalán es un triste testimonio de lo mediocencia que es todavía la lingüística en su cultivo particular. Entre estas dos lenguas, autóctonas de sus respectivos territorios, el catalán se parece al provenzal exactamente en la medida en que el provenzal se parece al catalán; y deducir de la semejanza el galorromanismo del catalán es exactamente el mismo desatino que deducir el iberorromanismo del provenzal.

Si se ha hablado de galorromanismo del catalán, y no al revés, es por motivos psicológicos, no lógicos: el provenzal aparece como el idioma mayor, el catalán como el idioma menor; el provenzal tuvo una poesía trobadoresca de importancia histórica mundial; en la literatura catalana, más modesta, se advierte un fuerte influjo provenzal; el provenzal ha sido tema central de estudio lingüístico desde que se constituyó la romanística; las lenguas peninsulares eran estudiadas no más que incidentalmente hasta hace cuarenta años; por pereza, se despachaba el catalán entero como una variante del provenzal; el provenzal está enclavado en una de las grandes potencias que mantenían el equilibrio europeo; el catalán en una de las del coro. En consecuencia, caso de que la semejanza de ambas lenguas invite a la reagrupación de los romances occidentales, no se nos pasará por las mientes la idea de poner en crisis el galorromanismo del provenzal, una lengua tan ilustre en la historia europea de la literatura, enclavada en la Galia y que venimos estudiando desde hace más de un siglo; en cambio, será problemático el iberorromanismo del catalán, una lengua no tan ilustre literariamente, enclavada no más que en Iberia y que hasta hace pocos años ni sabíamos que era realmente una lengua. El impulso lo ha dado, pues, el peso psicológico de « lengua más importante y lengua menos importante »; la justificación histórica se ha buscado *a posteriori*, como lo prueba su falsedad.

De la subagrupación de las lenguas románicas puede la lingüística sacar enseñanzas; pero a condición de proceder sin tales prejuicios de orden extralingüístico. La vieja división en lengua de Occidente (Galia e Iberia) y de Oriente (Sicilia,

Italia, Rumania) no ha perdido hasta hoy nada de su justificación ni de su conveniencia. Del estudio de los caracteres aislados, a la geografía lingüística le han resultado nuevas zonas coherentes, como la alpina, la pirenaica, y, con otra reagrupación, la zona mediterránea (regiones costeras de España, Francia e Italia) en oposición a la atlántica, etc. Me refiero, sobre todo, a trabajos como los de Bartoli y Rohlf's y los de la escuela suiza de Jud y Jaberg, con sus originales estudios de paleontología léxica. Pero ¿a qué recordar otros, si usted mismo, amigo Corominas, ha dado más de una vez con la zona pirenaica o la zona mediterránea en sus agudas pesquisas de geografía léxica? ¹.

Aparte esas zonas lingüísticas halladas por la geografía lingüística, es también legítima y promete ser provechosa otra partición propuesta como tema, una real subdivisión. Por ejemplo: en la gran porción occidental de la Romania, desde la Galia belga hasta la Lusitania, ¿cómo se subagrupan las lenguas según el desarrollo cumplido y según el material latino conservado por cada una? Hasta ahora se han dividido en lenguas galorrománicas e iberorrománicas. Esta división estaba impuesta por ideas extralingüísticas (las entidades geográficas Galia e Iberia y su respectiva homogeneidad histórica), y ha sido justificada lingüísticamente con la abundancia de rasgos comunes a las Galias (cisalpina, belga y lugdunense) y de otros comunes a Iberia. Los trabajos léxicos de Jud están demostrando precisamente que la idea ortodoxa de una nivelación idiomática en todo el imperio romano era excesiva, y que la Península Ibérica tenía ya en aquellos tiempos una personalidad peculiar opuesta a la de Galia e Italia y manifestada sobre todo en su vocabulario ². Galia también ostenta su temprana personalidad,

¹ « *Dis Aup i Pirenèu* ». À propos du « *Rätisches Namenbuch* » (*Festschrift Jud*, Zürich, 1942). *Les Relations amb Grècia reflectides en el nostre Vocabulari* (en *Homenatge a Rubió i Lluch*, III, 283-316).

² Principalmente en *Problèmes de géographie linguistique. I. Problèmes lexico-logiques de l'hispano-roman. II. Éteindre dans les langues romanes. III. S'éveiller dans les langues romanes* (*RLiR*, I, págs. 181-236; II, págs. 163-207). *Probleme der altromanischen Wortgeographie*, *ZRPk.* XXXVIII, págs. 1-88) Los estudios de M. BARTOLI, p. e. *Caratteri fondamentali delle lingue neola-*

más como terreno de cruzamientos que como homogeneidad. Mi propuesta no implica, pues, una desaprobación de la división tradicional; pero supone la posibilidad de otra agrupación de las lenguas occidentales por otra línea que la de los Pirineos: la línea que resulte del examen exclusivamente lingüístico de la cuestión.

Todas las lenguas contiguas tienen rasgos comunes, por supuesto; de modo que problema lingüístico sería buscar una agrupación mayor que la de dos lenguas contiguas. Las lenguas a ambos lados de los Pirineos, gascón, provenzal, aragonés y catalán, muestran un parentesco especial, como usted sabe muy bien por sus propias investigaciones, en la fonética, en la gramática, en el léxico ¹. En sus *Orígenes del español*, Menéndez Pidal

tine (*Arch. glott. it.*, 1936, XXVIII) muestran también con muchos rasgos la peculiar fisonomía del lenguaje de Iberia, del de Galia, del de Italia y del de Dacia, en las fases latina, romana y románica.

¹ El libro de GERHARD ROHLFS, *Le gascon* (Halle, Niemeyer, 1935, Anejo 85 de la *ZRPh.*) se subtitula «Études de Philologie Pyrénéenne» y su idea básica es la gran semejanza (parentesco) del gascón con el aragonés y con el catalán. Rohlf s forma el grupo pirenaico con estos tres romances (parentesco léxico, fonético, morfológico y sintáctico) y los opone al provenzal, destacando las peculiaridades del gascón frente al provenzal según la vieja tradición, que modernamente han seguido Bourciez y Ronjat. Tiene usted razón, amigo Corominas, al subrayar (*Vox Romanica*, 1937, II, págs. 154-155), que la originalidad del catalán es aún mayor; no sé ya si la tiene tanto en su sugerencia de que la originalidad del gascón frente al provenzal no es tan auténtica como Rohlf s enfatiza, ya que — arguye usted — en el vocalismo siguen ambos una misma línea; me parece que esa concordancia en el vocalismo, principalmente de tipo tradicionalista y fiel al sistema latino vulgar, aunque es uno de los importantes rasgos de parentesco provenzal-gascón, no menoscaba la autenticidad de los otros rasgos peculiares del gascón, no sólo en el consonantismo sino en la morfología, en la sintaxis y en el léxico. De cualquier modo, esto no afecta a nuestra idea: en vez de los tres romances de Rohlf s, bien se podría incluir también el provenzal en el grupo pirenaico. El número y quizá la importancia de los rasgos parientes estará siempre en razón inversa del número de los romances: mayor entre dos que entre tres, y mayor entre tres que entre cuatro; pero un estudio comparativo de los cuatro — gascón, provenzal, aragonés y catalán — revela todavía suficientes caracteres comunes y exclusivos para que la lingüística forme con ellos un grupo. Han contribuido recientemente al estudio de esta área

ha probado inequívocamente qué sorprendente homogeneidad había en el mapa lingüístico de la Península antes de que lo transformara la reconquista de los castellanos: rasgos característicos del catalán y del aragonés frente al castellano (*f*- conservada en lugar de *h*-; *ll* o *y* en lugar de *j*; *it* en lugar de *ch*; diptongación de *ě*, *õ* ante yod; *l*- inicial palatalizada) se

pirenaica: A. KUHN, *Der Hocharagonessische Dialekt* (RLiE, 1935, XI, pp. 1-312); F. KRÜGER, *Die Hochpyreniden*, Hamburgo, 1935 (y varios otros títulos); W.-D. ELCOCK, *De quelques affinités phonétiques entre l'aragonais et le béarnais*, París, 1938; R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, §§ 52-55, especialmente el mapa de la página 304 *mb > mm > m*; *nd > nn > n*; *ld > ll > l*; *nt > nd*; *lt > ld*, etc.). Estos fenómenos son de varia extensión en una zona contigua que abarca el sur de Francia y el norte de España (incluso el castellano), y como la varia extensión de cada asimilación es proporcionalmente semejante en otra área románica, al sur de Italia, Menéndez Pidal deduce de aquí un predominio de oscos en la colonización romana. Ya sé que usted, amigo Corominas, es escéptico respecto a esta relación, y que prefiere (*l. cit.*) ver aquí una vez más la extensión de una onda fonética del vasco, en lo cual sigue Ud. la tradición formada por la línea Luchaire-Saroihandy-Rohlf's: ambas ideas son igualmente lógicas y sólo la investigación histórica puede decidir; la proporcionalidad de las áreas de cada asimilación, aunque aproximadamente igual en la zona pirenaica y en la itálica meridional, no puede ser aducida como convincente, porque son hechos de fonética general (Ver mi estudio *Nasales*, en *Problemas de dialectología hispanoamericana*, Buenos Aires, 1930, págs. 63-86). En cualquier caso, ya se deba a sustrato, ya a la procedencia de los colonos, la zona de estas asimilaciones se revela como una bisagra que une el sur de Francia y el norte de España y cuyo pasador son los Pirineos.

Aunque referidos sólo a tres de estos cuatro romances, no me resisto a transcribir los « tres importantes resultados » del libro de Rohlf's (págs. 1-2): « 1º El latín introducido en la antigua Aquitania sufrió una evolución completamente original. Desde este punto de vista, el Garona ha formado un límite natural entre la Galia propiamente dicha y el territorio aquitánico; 2º En muchos hechos lingüísticos (fonética, morfología, sintaxis, vocabulario) se puede comprobar una correlación sorprendente entre el gascón y los idiomas de la España septentrional (aragonés, catalán). Sobre todo entre el gascón y el catalán, el acuerdo es mucho más estrecho de lo que se pudiera creer hasta el presente; 3º El influjo de la antigua lengua ibérica se manifiesta no sólo en un número considerable de supervivencias léxicas, sino también, y muy claramente, en las tendencias de pronunciación ». Elcock es quien se ha preocupado de aprovechar a los historiadores para sentar el parentesco lingüístico sobre la secular comunidad de vida.

extendían por el centro y sur de España, a través de los dialectos mozárabes, hasta alcanzar el leonés y, en parte, el gallego-portugués. En Francia, Suiza y norte de Italia, los dialectos franceses, los provenzales y los francoprovenzales y piemonteses forman un entretendido de caracteres, de modo que las transiciones geográfico-lingüísticas son muy graduales. Así, pues, entre lengua y lengua contiguas hay a la vez frontera y concordancia, y una frontera capaz de valor reagrupador será solamente aquella que, por excepcional número y gravedad de sus elementos diferenciales, pueda ostentar una significación mayor que la sola de separar dos lenguas. Contemplando la continuidad geográfico-lingüística desde Bélgica hasta Portugal, una sola frontera lingüística tiene tales caracteres: la franja de límites lingüísticos flotantes que separa en Francia los dialectos del norte de los del sur. ¿Ha observado usted, por ejemplo, los cinco rasgos que aduce Carl Appel en su *Provenzalische Lautlehre*, § 3, como muestra de los límites de « algunas diferencias » ? :

1. Desarrollo de Á lat. en la palabra *chercher* (*Atlas ling.* mapa 22) : en el sur *á*, en el norte *é*.

2. Forma del imperfecto de la 1ª conjugación : en el sur *ABAT*, en el norte *-EAT* y otras formas (mapa 1223).

3. Forma del imperfecto del verbo sustantivo : en el sur *ERAT*, en el norte *était* (mapa 510).

4. Expresión del concepto 'andar' : en el sur *anar*, en el norte *aller*.

5. Partición de la presión expiratoria en la palabra *petit* : en el sur *p^{ctí}*, en el norte *ptí* (mapa 623).

Pues bien : esos cinco rasgos de muestra (elegidos por Appel, no por mí) marcan la separación no sólo entre el francés y el provenzal, sino entre el norte de Francia y el resto de la Romanía occidental : con el provenzal y el gascón están el catalán, el aragonés, los antiguos dialectos mozárabes, el castellano, el leonés y el gallego-portugués. Pero aún hay diferencias más graves, algunas no aducidas por Appel porque se internan más o menos en territorio meridional. Ningún otro hecho lingüístico tiene en la evolución fonética de las lenguas romances la importancia y el alcance que el siguiente : en el norte de Francia las

vocales tienen distinta historia si están en sílaba libre o trabada; en el sur de Francia y en Iberia, no ¹. Este hecho afecta a un elemento tan básico como la constitución misma de la sílaba ². No hay fenómeno equivalente que separe al provenzal no digo del catalán, pero ni siquiera del castellano. Todas las vocales acentuadas del latín vulgar (aparte ahora las extremas I, U), se han alterado en francés en sílaba libre y se han conservado en sílaba trabada. Esta distinción es desconocida en gascón y en provenzal, lo mismo que en catalán, castellano y portugués. En provenzal, que ha conservado todas las vocales acentuadas sin diptongarse (excepto *ě, ǒ* ante *yod*), se ha iniciado en época moderna una diptongación que no reconoce diferencia entre sílaba trabada y libre. Otra de las barreras que separan al francés del resto de la Romania occidental es el tratamiento sistemático de las vocales seguidas de nasal trabante: en francés, la vocal se nasaliza y la nasal desaparece; en gascón, provenzal, catalán, castellano, leonés y dialectos (el portugués tiene en esto historia aparte, en algunos puntos coincidente con el gascón), la nasal se conserva y la vocal no se nasaliza. Añádase la alteración de timbre (aparte la nasalización) sufrida específicamente por las vocales francesas en esa posición. Semejante revolución en el vocalismo no tiene parangón con la historia de

¹ Esta oposición del francés a todas las otras lenguas de occidente en el trato de las vocales ya ha sido subrayada por W. v. WARTBURG, *Die Ausgliederung der rom. Sprachräume*, Halle, 1936, pág. 29. Todas las vocales del latín vulgar, menos las extremas I, U (clásicas *ī, ū*), « se diptongaron » en francés, según interpreta von Wartburg; la U también se alteró, pero lo mismo en sílaba libre que en trabada (*ü*), de modo que se debió a proceso diferente: palatalización.

² Von Wartburg retrae la diptongación francesa de las vocales en sílaba libre al fenómeno del alargamiento de las vocales en latín vulgar (siglos V y VI), que se cumple en el galorrománico septentrional con caracteres divergentes del resto de Occidente. Al hablar de la diferente constitución de la sílaba, pienso en diferencias en el modo de gobernar los hablantes la intensidad silábica. La sílaba es un impulso articulatorio-espирatorio; como tal impulso, se compone de una tensión seguida de una distensión (parte creciente y parte decreciente): los galorrománicos del norte muestran en su historia vocálica haber tenido una conducta aparte en el gobierno de la distensión silábica y en la relación articuladora entre la vocal y la consonante en esa parte descendente.

las otras lenguas occidentales. Otro punto en que el francés se separa notablemente de las otras lenguas occidentales — y no occidentales — es la extraordinaria riqueza del vocalismo: *e, a, o* abiertas y cerradas; vocales llamadas « mixtas » o « compuestas »: *ö, ü, e* muda o « caduca » (Grammont) y aun la *ö* con variedad abierta y cerrada (*chaleur, feu*); variedades de cantidad; vocales nasales. En el consonantismo, el francés ha cumplido, concordemente (con la particularidad de seguir cumpliéndola hasta la época moderna) una transformación mucho más profunda y extensa que las otras lenguas: pérdida de las sonoras (menos la labial) procedentes de sorda (*sûr* < SECURUM; *vie* < VITA; ¹) palatalización de las velares *c, g*, inicial y tras cons. + *A* (*champ, jambe, vache, verge*) y complejísima historia de estas consonantes en cualquier posición; pérdida temprana de la *s* ante consonante (s. XI, ante sonora; s. XII, ante sorda)², con alteración del timbre de la vocal precedente; en el tratamiento de las consonantes finales, el específico fenómeno de la « liaison »; *r* uvular e igualación fonética de *r* y *rr*.

El francés ha desarrollado en su historia tantos y tan extraños caracteres específicos que se opone por sí solo a las otras lenguas occidentales (y aun a todas las románicas). Y la historia justifica esta repartición: la Galia narbonense y la mayor

¹ « Según ya resulta de los hechos expuestos para el período románico primitivo (§ 171 y sigs.), el trato de las consonantes intervocálicas ha conducido a una escisión profunda entre el norte de Galia, que lleva muy lejos el debilitamiento, y el Sur, que se comporta en general como las lenguas ibéricas ». E. BOURCIEZ, *Eléments de ling. rom.*, 1923, § 270. En el trato de las sonoras procedentes de sordas (perdidas luego en francés), el territorio provenzal más próximo al francés las conserva oclusivas, el catalán y el español las han hecho fricativas. El provenzal se ha mantenido en esto más alejado de su vecino el francés que esos dos idiomas ibéricos. No lo deben desatender quienes tan fácilmente confunden semejanza con parentesco en los hechos lingüísticos.

² Un proceso análogo de relajación, aunque con diferentes condiciones fonéticas, se está operando actualmente en los dialectos castellanos del sur de España, Canarias y algunas zonas americanas. Por supuesto, sin parentesco histórico, sólo en fonética general. Tampoco hay parentesco histórico (interdependencia) en el coincidente resultado de *ch* < -CT- en provenzal y castellano: *nuech, fach, noche, hecho*.

parte de España fueron romanizadas intensamente y tempranamente. La Galia del norte, conquistada más tarde, fué latinizada con mucho menor intensidad, como lo prueba el mayor número de palabras indígenas sobrevividas y el fuerte sustrato que impregna el sistema fonético del francés. Ha sido habitual considerar todas las Galias una unidad románica por el común sustrato céltico de su romance ¹, tanto como por la unidad territorial y administrativa en tiempos romanos; pero tomar la clase de sustrato como criterio agrupador es un pie forzado, anterior al examen del romance estudiado. Una división *a posteriori* del examen, a base de lenguas de fuerte sustrato y lenguas de escaso sustrato étnico, me parecería siempre mucho más científica, por ajustada a la realidad. El grado de romanización y el grado de sustrato están en razón inversa. El provenzal podrá juntarse con el francés en que el sustrato del uno es galo y el del otro también; pero ¿de qué vale tal igualdad si ese sustrato galo ha fermentado activamente en el norte y se ha amortecido en el sur? ² O dicho positivamente: la igualdad nominal (galo-galo) queda menoscabada porque la profunda y temprana latinización del sur fué eliminando los elementos de sustrato (en eso consiste la latinización progresiva de un territorio), y la imperfecta y más tardía latinización del norte permitió a sus elementos de sustrato perduración activa.

La Galia narbonense y la Hispania del Mediterráneo se igualan en lo profundo de su latinización. El grado de acomodación y fidelidad al tipo latino no ha sido incluido en la lista ortodoxa de factores que determinan el parentesco y el distanciamiento entre las lenguas romances (cronología, sustrato, procedencia de los colonos, divisiones administrativas); pero es factor más importante que cualquiera de ellos, porque da sentido a todos.

¹ No me propongo, amigo Corominas, examinar todas las derivaciones de la cuestión, y así tengo que dejar de lado intentos, como el de Heinrich Morf, de explicar la partición lingüística de la Galia por el triple sustrato de belgas, celtas y aquitanos, los tres pueblos que César encontró: *Zur sprachl. Glied. Frankreichs*, Berlín, 1911.

² Se suele achacar también a sustrato galo el cambio fonético -ct- > it, la sonorización de -p-, -t-, -k-, y la conservación de -s, comunes al norte y al sur. Pero ¿cómo de influjo galo si también son comunes a Iberia?

Luego viene la época tradicionalmente reconocida como decisiva para la participación lingüística de la Romania: la de las invasiones y reinos de los germanos. Y otra vez nos encontramos con el mismo fenómeno, y aun mucho más agravado: el sur de Galia e Hispania no son desviados del tipo latino; en la Galia del norte, los francos — y en menor grado los borgoñones — impregnan de sustancia germánica todos los aspectos de la vida y de la cultura.

La Gotia románica, cuya capital estuvo sucesivamente en Toulouse, Barcelona y Toledo, se ofrece otra vez como unidad lingüística, en frente de la Franconia románica. Pero esta unidad no es el resultado de la acción lingüística de los visigodos sobre los territorios de su imperio, sino, al revés, por su casi nula intervención en la marcha del romance: los visigodos eran escasos y estaban ya muy impregnados de romanismo. La parte activa se reduce a que, con la unidad política, se fomenta la coherencia de todo el territorio en el uso y desarrollo de la lengua, porque las acomodaciones del hablante con su sociedad, base tanto del funcionamiento como de la continua evolución de cada lengua, tienden a nivelarse por todo el reino. La unidad política de Hispania y del sur de Francia nunca estuvo duraderamente consolidada, pero la vinculación fué estrecha durante más de tres siglos y medio, y después siempre lo siguió siendo entre ambas vertientes de los Pirineos. Los visigodos se asientan en esta parte de la Romania a principios del siglo V. Ciertamente que ya en el primer tercio del siglo VI los francos les quitaron gran parte de las Galias, pero, fuera de que el dominio franco del sur fué de un tipo muy distinto del del norte, por un lado los visigodos retuvieron la Septimania hasta su desastroso fin (711), y por otro la Aquitania sufrió a fines del siglo VI y principios del VII una re-iberización por la invasión de los vascones. Todavía en el siglo VIII estuvo el sur de la Galia estrechamente ligado a la suerte de España por la invasión árabe; la batalla de Poitiers (732) fué decisiva para detener el avance musulmán, pero no puso fin a su dominación en las Galias (F. Codera, *Est. crít. de hist. árabe esp.*, Zaragoza, 1903). Los visigodos eran un pueblo de señores a quienes las leyes prohibían mezclarse con los « romanos »; cuando después se abolieron esas leyes y se igualó la

religión, los visigodos ya estaban en un rápido proceso de desromanización y fueron ellos los romanizados; sus huellas en el romance son pocas y solamente léxicas ¹. Los visigodos, pues, no constituyeron un factor de desviación lingüística para el romance de su imperio. Por consiguiente, el estrecho parentesco de las lenguas resultantes es la consecuencia de haberles dejado desarrollar libremente sus tendencias románicas, y, sobre todo, de no haber perturbado su carácter tradicionalista y conservador (con una débil excepción de que luego hablaremos).

En oposición a los visigodos, los francos conservaron secularmente su carácter nacional, su organización y sus leyes y costumbres germánicas. En el norte de las Galias, los francos se instalaron como pueblo y se mezclaron en grandes masas con los galorromanos en la vida rural y agrícola, en los oficios, en la administración pública y en la familia. Los francos (también en oposición a los visigodos) practicaron una consciente política de nivelación franco-galorrománica en las instituciones públicas y en la vida privada. La coexistencia de la lengua de los dominadores (corte, señores, guerreros y pueblo) con la de los dominados, trajo como consecuencia forzosa su interpenetración: la germanización del romance y la romanización del franco. Durante tres siglos, del VI al VIII (y aun más, pues los francos operaban entre el Soma y el Loira mucho antes de su ruptura con Roma), las tierras entre el Rin y el Loira eran bilingües. En las zonas más septentrionales el romance acabó por ceder a la germanización; más al sur, al revés. Los francos, aunque numerosos y asentados como pueblo, eran mucho menos que los galorromanos. Además los merovingios, y mucho más abiertamente los carolingios, se consideraban como los herederos de Roma, y ese ideal político no fué de lo que menos influyó en su final romanización. No hay modo de disentir de W. v. Wartburg cuando, refiriéndose a este largo proceso de romanización, dice que los francos aprendían y usaban el romance *ore germanico* ². Y no sólo lo hacían los francos, sino también los

¹ Cfr. E. GAMILLSCHG, *Historia ling. de los visigodos*, RFE, XIX, págs. 117-150 y 229-260, y *Romania Germanica*, I, págs. 297-398.

² Para toda esta representación de la historia de los francos en las Ga-

galorromanos mismos mezclados con ellos e influidos en todos los órdenes de la vida por los conquistadores. Entonces se infiltraron duraderos fermentos germánicos, de modo que el romance se contaminó de germanismo en su mismo sistema. Además de los elementos francos numerables (fonéticos, morfológicos, sintácticos, léxicos) y de las tendencias germánicas que desde entonces se infiltran en la constitución misma del francés, tal situación histórico-cultural tuvo otra consecuencia indirecta: la de detener en el romance la progresiva eliminación de los elementos de sustrato céltico, puesto que estorbaba la progresiva acomodación del galorrománico al tipo ideal latino¹. En suma: germanización, como proceso y estado cultural, implicaba en el mismo grado desatadura del modelo romano de cultura que las gentes estaban viviendo, una desviación o alteración del ideal a que hasta entonces se atenían las acomodaciones sociales que iban tejiendo la lengua.

El francés actual, con su carácter tan apartadizo de los otros idiomas románicos, es, pues, el resultado de una doble hibridación eficaz: la una, la acción del sustrato céltico, más triunfante que en ninguna otra región románica; la otra, la acción del superstrato franco, incomparablemente más persistente que la de ningún otro superstrato germánico. Ambas han convergido en apartar al francés del tipo latino, si lo comparamos con el italiano, el provenzal, el catalán, el castellano y el portugués. Así como el rumano, por su aislamiento geográfico desde el siglo III, por su existencia puramente dialectal hasta hace bien poco, y por la invasora vecindad de lenguas extrañas, se ha formado con una complexión mestiza, y entre las lenguas derivadas del latín es un idioma aparte, así también, en el resto más coherente de la Romania, el francés, nacido en territorio galo nunca bien latinizado y luego germanizado más intensamente que ninguna

lias, cf. E. GAMILLSCHG, *Romania Germanica. Sprach- und Siedlungsgeschichte der Germanen auf dem Boden des alten Römerreiches*, Berlín-Leipzig, 1934-1936 (3 tomos); FRANZ PETRI, *Germanisches Volkserbe in Wallonien und Nordfrankreich*, Bonn, 1937 (2 tomos); W. v. WARBURG, *Die Entstehung der romanischen Völker*, Halle, 1939.

¹ Cfr. mi artículo *Substratum y Superstratum*, en *RFH*, 1941, III, págs. 209-218.

otra región del imperio, es un idioma de mestizaje; y si se quiere recordar que todos los idiomas lo son, digamos que el francés lo es en tal grado mayor que el italiano, el provenzal, el gascón, el catalán, el castellano y el portugués, que constituye un tipo aparte. El francés se ha desarrollado con un carácter especialísimo, y en una auténtica partición lingüística de la Romania debe tener un sitio no compartido. Ningún otro idioma románico tiene personalidad tan innovadora como él, ninguno ha llevado tan lejos las líneas de la evolución propia.

Los francos, es verdad, no tuvieron en el Loira el límite de su reino: desde el siglo VI poseyeron casi todo el sur, y durante cerca de un siglo tuvieron en Cataluña su Marca hispánica. Pero más abajo del Loira sólo tuvieron un dominio político-militar, no de colonización. Donde el pueblo franco estuvo asentado fué en el norte, y allí cumplió en la cultura galorrománica una obra de germanización que unos cuantos nobles terratenientes, los funcionarios y los militares destacados en las regiones del sur, no podían cumplir. Ésta es también idea importante en W. von Wartburg, *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, Halle, 1936, y no me parece que sea forzar su interpretación si, de sus dos expresiones alternantes, « oposición entre el norte y el sur de la Galia » y « oposición entre el norte de la Galia y el resto del Occidente románico », hago yo hincapié en la segunda.

El grado de romanización inicial y el grado de fidelidad posterior a la tradición latina me parece un doble criterio de agrupación de las lenguas perfectamente legítimo. Con este criterio el provenzal, sin dejar por eso de ser galorrománico, forma grupo con el catalán, que no deja por eso de ser iberorrománico, y con el castellano y con el portugués. Todos ellos forman con el italiano el grupo de lenguas fieles (comparativamente con el francés) al tipo latino.

Dentro de este grupo esencialmente conservador, el castellano es el que se aparta otra vez (aunque muchísimo menos que el francés), por el número y la gravedad de sus innovaciones peculiares. Esta idea es básica en el libro magistral de Menéndez Pidal, *Orígenes del español*: el romance del este, sur, centro y oeste de España presentaba en los siglos X y XI una

sorprendente homogeneidad, envolviendo a un islote de excepción, que era la primitiva y diminuta Castilla. Esta pequeña Castilla (que todavía era más pequeña antes del siglo x), comprendía desde el alto Ebro hasta el Duero, pero aun en esta reducida región hay que hacer capitales distinciones histórico-lingüísticas: « Al norte se destaca la primitiva Cantabria, que abarcaba lo que originariamente se llamó Castilla Vieja, con Amaya, la Bureba, Campó y la Montaña » (§ 99₁). Región tendiente al arcaísmo lingüístico (*luneiro*; *ennos* 'en los'; *conna* 'con la'; *pedaçu*; artículo *lo* en vez de *el*). Dejando ahora otra zona al sudeste, de influencia riojana (Alfoz de Lara, Clunia, etc.), la región que tiene un papel capital en la constitución de la que llegará a ser lengua española es la central: ciudad de Burgos, Cardena, Covarrubias. Es « la región que, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo x, fué centro político y social del gran condado constituido por obra de Fernán González, y foco de creación, o al menos de irradiación, de las principales modalidades lingüísticas » (§ 99₄). Al hablado en esta zona central llama Menéndez Pidal « castellano común ».

Se puede, ciertamente, hacer un estudio comparativo de las lenguas literarias, sin atención a la geografía o con referencia a una vaga geografía de mera orientación. Entonces se podrá comparar, sin más, el catalán con el español, con el italiano o con el francés. Pero si la comparación tiene pretensiones de geografía lingüística, todas las reflexiones han de estar condicionadas por este hecho fundamental: el castellano es autóctonamente el hablar peculiar de un pequeño islote lingüístico, y las discordancias o concordancias que se le hallen con el catalán o con el provenzal, por ejemplo, sólo serán valederas para ese islote, y no para el resto del territorio peninsular. El que la fortuna política y militar de los castellanos haya extendido luego su propio hablar suplantando a los dialectos mozárabes del centro y del sur, al riojano, al navarro-aragonés y en parte al leonés, no borra quince siglos de historia lingüística anterior.

Pues bien: teniendo en cuenta la extremada limitación geográfica del castellano primitivo se puede entender mejor su papel de excepción: « El dialecto castellano representa en todas

esas características ' una nota diferencial frente a los demás dialectos de España, como una fuerza rebelde y discordante que surge en la Cantabria y regiones circunvecinas ». Cantabria y Burgos aparecen « en su evolución lingüística como región más indócil a la común evolución de las otras regiones, más revolucionaria, más inventiva, original y dada al neologismo » (§ 99₄).

Dentro de una geografía lingüística tan conservadora como es la de la Romanía visigótica, estas disonancias dan al castellano una fisonomía singular, aunque las notas diferenciales son escasas y de mínima profundidad en comparación con las notas diferenciales del francés. Esas notas apartadizas, compensadas en cierto modo por otras, como la conservación de las sílabas finales (-o, -a, -os, -as), no impidieron a los humanistas españoles desarrollar ingeniosamente la tesis de que su lengua era la más noble de las neolatinas por su mayor fidelidad a la madre común ¹.

La historia justifica también la disonancia castellana. Cantabria, Autrigonia y Vardulia (desde las actuales provincias vascas hasta Asturias) fueron siempre apartadizas. Doscientos años tardaron los romanos en conquistarlas. Aquellos rudos montañeses no sólo no admitieron para su suelo el dominio romano, sino que varias veces salieron de casa para luchar contra las legiones. Ellos ayudaron a Numancia, y en el año 56 a. J. C. fueron en socorro de los vascos aquitanos que luchaban contra Roma. Famosa en la historia de Roma es la sublevación de los cántabros, astures y vacceos en el año 29. Augusto

¹ Son *h-* por *f-*; *ž* por *ll* en *muger, paja*; *g-* perdida en *enero, ermano*; *ch* por *it* en *noche, pecho*; *z* por *x* < -sci- : *azada, pez*; no diptongación de *ö, ø*, ante *yod*. Añádase que otras veces en que Castilla sigue el mismo rumbo lingüístico que extensas regiones peninsulares, el castellano se adelanta mucho en el resultado: fijación de los diptongos *ue, ie*, mientras las otras regiones vacilaban entre *uo, ua, ue, ie, ia*; monoptongación de *ei, ou*; fijación del artículo; reducción del diptongo *ie* en *-iello*.

² Cfr. ERASMO BUCETA, *La tendencia a identificar el español con el latín, en Homenaje a Menéndez Pidal*, I, págs. 85-108, y *De algunas composiciones hispanolatinas en el siglo XVII* (*RFE*, 1932, XIX, págs. 388-414). « Hispanolatinas » quiere decir que los tales productos resultaban escritos a la vez en español y en latín, como alarde de semejanza.

en persona dirigió la guerra (años 26-25), que no pudo acabar, ni él ni sus generales. Por fin Agripa le dió fin favorable el año 19, tras diez años de lucha, con increíble crueldad de un lado e increíble desprecio de la vida del otro. Diezmados, dispersos, vendidos como esclavos, todavía intentaron dos sublevaciones, una el año 16, otra tan tarde como en tiempos de Nerón. El imperio creyó entonces necesario vigilar el país con una guarnición permanente.

Tras las invasiones germanas, esa parte de España, desde Vasconia hasta Asturias, vivió más de 150 años a su albedrío, fuera del dominio visigótico, hasta que Leovigildo la incorporó en 574; pero aun en el siglo final del imperio visigótico vivió al acecho de su independencia ¹.

La Castilla Vieja estaba en el corazón geográfico de la antigua Cantabria. Sus tierras, tan tarde y tan mal romanizadas, quedaron luego, en los primeros siglos de la Reconquista, aisladas lingüísticamente, entre los vascos corrales del este, los Picos de Europa al oeste, y por el sur el desierto-frontera de los árabes. Ahora se llaman *Castella*, los Castillos, y sus habitantes renuevan la antigua vida de rudeza y de belicidad permanente, como avanzada del reino cristiano contra los musulmanes. Todavía en el siglo IX, cuando los castellanos salen por primera vez de los límites montañosos de la antigua Cantabria para instalarse en la meseta, en lo que había sido durante más de 150

¹ Así resume R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, III, pág. XLVII: « Perpetua pesadilla para los reyes godos fueron los pueblos de las montañas cántabropirenaicas. Toda conmoción o descontento lo acompañaban ellos con una sublevación. El primer rey que se propuso afirmar la robustez del Estado, Leovigildo, tropezó con los Cántabros y los Vascones; Recaredo sufrió irrupciones de este último pueblo; Gundemaro hubo de devastar la Vasconia; Sisebuto tuvo que someter a los Astures y a los Vascos Rucones; Suíntila, una vez más, somete a los Rucones y contiene el desbordamiento de los Vascones; Recesvinto tiene que acudir de nuevo a la irrupción de los Vascones; Vamba ahora, Rodrigo después; siempre estos pueblos más tardíamente romanizados se sentían ajenos a las ideas estatales romanas, rudos para comprender la sociedad política, como Estrabón había descrito a todos los Iberos. Los Astures y los Cántabros pronto, constreñidos por los peligros que sobrevinieron, se levantaron a ideas superiores: los Vascones, peor romanizados, tardaron en ir las adquiriendo ».

años un desierto estratégico ¹, los castellanos refuerzan su ya importante sustrato lingüístico (= deficiente romanización) con una abundante inmigración de vascones sin romanizar o apenas iniciados en la romanización ².

Pues bien: el castellano común ha salido, no directamente de la Castilla Vieja (antigua Cantabria), sino de esta primera región castellanizada entre el alto Ebro y el Duero, de esta región tarde y mal romanizada y luego reiberizada en parte en la repoblación de los años 900.

Así es como en geografía lingüística resulta el castellano el menos representativo de los idiomas iberorrománicos, porque su solar no fué más que un islote disidente, en medio de dialectos homogéneos que cubrían toda la península y que prolongaban su carácter común y básico (conservadurismo, fidelidad al tipo latino) por el sur de Francia.

Así es como, por paradoja, en una fisiognómica lingüística resulta el castellano el más ibérico de los romances peninsulares, porque sus rasgos característicos o son exclusivos o forman un conjunto exclusivo y propio de Iberorromania, y porque, aparte la explicación sustratista de algún cambio aislado como el de *f* > *h*, es evidente que, en bloque, la separatista evolución del castellano está en íntima relación histórica con la índole menos desiberizada (= menos romanizada) de los cántabros y sus sucesores. Una « mens iberica » ha presidido el desarrollo del castellano.

Así es, también, como en la historia externa (no lingüística) de estas lenguas, el castellano resulta el principal de los idiomas iberorrománicos, porque, por su fortuna y sus dotes políticas y guerreras, los castellanos tomaron en el siglo XI la hegemonía peninsular, trasplantaron su propio dialecto por conquista a las tierras del centro y del sur, y lo contagiaron por ventajas generales a los leoneses y aragoneses, de modo que, por la época de los descubrimientos, el castellano se había con-

¹ Año 884, repueblan Burgos y Ubierna; 899, Cardena; 912, llegan hasta el Duero: Roa, Osma, Clunia, San Esteban de Gormaz.

² Ver MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, pág. 499.

vertido en el español; es más, en el siglo XVI llegó a ser todavía la lengua del Imperio mundial de Carlos V¹.

Son tres criterios heterogéneos (el geográfico-lingüístico, el fisiognómico y el de historia externa), cuyo necesario discernimiento rara vez acatan los comparatistas, y que faltó del todo a W. Meyer-Lübke en aquel su intento de galorromanizar el catalán.

Aquí llego, amigo Corominas, al fin de mi jornada. Y como es de uso, resumo: se han hecho particiones de las lenguas romances atendiendo a muy tempranas discrepancias (en tiempos romanos) en unos pocos rasgos: así la partición en Romania Oriental y Romania Occidental; otras, atendiendo al origen común del posible sustrato lingüístico (Galorromania, Iberorromania); otras se intentan por el sello que les hayan dado los germanos destructores del Imperio romano. Un interés especial puede legitimar estas limitaciones, con tal que nunca se pierda de vista la limitación. Pero cuando se emprende el estudio comparativo de unas lenguas en su totalidad, como en la polémica con Meyer-Lübke, la única manera legítima es hacer entrar en la cuenta a la historia entera, desde la romanización hasta hoy. Por la partición de la Romania en Oriente y Occidente, el italiano resulta agrupado con el rumano enfrente del castellano; pero por la suma y resultado de toda su historia y por la totalidad de su incesante crecimiento respectivo, el italiano y el castellano están juntos, estrechamente emparentados entre sí y con el provenzal, catalán y portugués, mientras que el rumano es idioma inagrupable. Por el origen común del sustrato, el provenzal se junta con el francés en oposición (con distingos) a las otras lenguas romances; pero por la totalidad de su historia y por el conjunto de su constitución, el provenzal forma familia con el italiano, el catalán, el castellano y el portugués enfrente del francés. Hasta el siglo III, el latín de Dacia y el de Italia se oponía con ciertos caracteres (pérdida de la -s) al resto de la Romania; desde el siglo III el dacorrumano quedó aislado, e

¹ Cfr. mi *Castellano, español, idioma nacional*, 2ª edición, Buenos Aires, 1943, y el estudio, ya sugestivo por el título, de A. MOREL-FATIO, *L'espagnol, langue universelle*, en *Études sur l'Espagne*, 4ª Série, París, 1925.

Italia forma grupo coherente con Galia e Iberia enfrente de Dacia. Dentro de lo que podremos llamar la «Romania continua», la provincia romana de las Galias mostraba hasta el siglo VI una coherencia lingüística cuyos variados residuos permiten hablar hoy de galorrománico; pero desde el asentamiento de los francos, el norte se desromanizó gravemente, y aunque por fin se rromanizó, la lengua resultante tiene una constitución tan original, tan apartadiza del tipo común al resto, que dentro de la Romania continua el francés resulta inagrupable. Queda todavía el castellano, romance autóctono de un pequeño rincón mal romanizado, afortunado luego hasta ser una lengua mundial: comparado con los tan conservadores provenzal, catalán y portugués, presenta unos cuantos rasgos apartadizos. La tendencia estética a la simetría podría tentarnos a repetir para el castellano, en este grupo dos veces reducido, la conclusión del aislamiento que hemos hecho para el rumano y para el francés; pero la proporción de lo apartadizo y de lo acorde cambia ahora fundamentalmente.

El castellano tiene como diferenciales algunos rasgos aislados, ninguno que corra, como en el francés, por series de fenómenos. De manera que, aunque con algunos elementos extraños al carácter tradicionalista de las otras lenguas, el castellano, sobre todo si lo comparamos con el francés, entra en general en el grupo del portugués, leonés, aragonés, catalán, provenzal y gascón, una familia estrechamente unida. Si al correr de estas páginas les he agregado a veces el italiano, no es desde luego porque lo crea participante con igual carácter que los otros, sino que sólo lo equiparo a ellos en lo de la fidelidad al tipo latino, en oposición al francés disidente, sin desconocer por eso su fuerte y peculiar personalidad.